

El incendio

Acodada en el muro que rodea la terracita, mira hacia el monte lejano, metido como en un espejismo. Es el fuego otra vez. Otro incendio. Ahora un poco más cerca de la estancia. Bajo el sol del mediodía las llamas no se distinguen, pero hay algo que sube, como un vapor, desde el corazón mismo del monte. Y el olor del humo que llega, intermitente, según las vueltas que pegue el aire, casi quieto.

La semana pasada hubo otro, más lejos, pero duró poco porque llegaron las lluvias. Ahora, el día luminoso, de postal turística, no promete esa chance.

Se apoya sobre los antebrazos y mira hacia abajo. Lo ve a Ayala, en cuclillas, le ve el sombrero y la espalda encorvada, cerca de una de las ventanas del frente, como si estuviese espiando.

—¿Qué hay? —le grita.

Él se incorpora y da un paso atrás para poder ver la cabeza que asoma en la terraza.

—Venga —dice y acompaña la invitación con una mano.

Seda se arrepiente de haberle hablado, no tiene ganas de bajar ni de conversar ni de nada. Pero entra

en la casa y baja: atraviesa el living, de reojo ve los ceniceros llenos y los vasos vacíos, los discos fuera de sus cajas, el desorden.

Afuera, Ayala la espera. A su lado, en el piso de la galería, hay una ristra de ajos. En su mano, una cabeza grande, medio aplastada. Se la muestra.

—Lo estoy frotando en los marcos —explica— para que no entren las culebras.

Ella lo mira sin terminar de entender.

Él señala para el lado del monte.

—El incendio las va a sacar afuera, van a buscar las casas para ampararse del fuego. El olor del ajo las ahuyenta...

Seda no les tiene miedo a las víboras. Las de la zona son inofensivas. La mayoría al menos. Aunque dos por tres aparece alguna yarará. Pero pensar en un puñado de ellas retorciéndose sobre las baldosas, queriendo entrar, le revuelve el estómago. Deben ser cuentos de Ayala, supersticiones de gente bruta. Hace un gesto en el aire con la mano y después se la lleva a la sien, tratando de recordar qué tenía que preguntarle al capataz.

—Las chicas —dice por fin— no vinieron todavía... la casa está hecha un despelote.

Ayala se encoge de hombros. Las chicas son sus hijas.

—Pero si se fueron al pueblo. Las mandó Santiago esta mañana. Para que vayan a comprar las cosas para la fiesta.

Claro, la bendita fiesta, piensa.

—¿Y Santiago? ¿Lo ha visto?

—Esta mañana temprano, le digo.

—¿Se fue al pueblo también?

—No. Salió a cazar con el chico.

El chico también es hijo de Ayala, pero el capataz nunca lo quiso ni lo crió.

—No se habrán metido... —dice Seda mirando hacia el incendio.

—No. Se fueron para el otro lado. Dicen que a cazar, pero no sé qué van a cazar a esta hora. Como no sea que se cacen entre ellos...

Termina la frase y se pasa la punta de la lengua por los labios, disimulando una sonrisa. Ella no dice nada, pero siente que los colores le suben a la cara.

—Deje eso, Ayala. Prefiero las culebras a ese olor a ajo —le ordena y entra en la casa, azotando la puerta.

En la cocina se sirve un vaso con agua y, por la ventana, lo ve irse, con paso largo y la ristra de ajos colgando de una mano, como una fusta.

Ayala debe tener la misma edad que Santiago, aunque parece un poco mayor por el trabajo a la intemperie y la vida que ha llevado. Sin embargo es un hombre apuesto. Es raro que no haya vuelto a casarse, sobre todo habiendo enviudado joven y con hijos tan chicos.

Cuando a ellos se les murió su hijo, el capataz se encargó de todo. Ellos estaban tan descolocados que no sabían ni por dónde empezar. Ayala hizo todos los arreglos y hasta se ocupó del caballo. Aunque no tenía la culpa —una víbora lo había asustado y el corcoveo hizo volar al nene por el aire y una piedra filosa terminó de provocar la desgracia—, Ayala despenó al animal de un tiro.

—No iba a ayudar que lo vieran todos los días —les explicó después— por más que haya sido un accidente.

En aquellos días, Seda había buscado apoyo en el hombre que había perdido a su esposa hacía algunos años, pensaba que él sí era capaz de entenderla o de ayudarla a entender cómo seguía la vida sin su hijo. Pero él la había apartado con suavidad y firmeza. Ayala estaba para resolver cosas prácticas, sabía de eso y para eso le pagaban.

De algún modo, ella nunca se lo perdonó. Se sintió humillada. Sintió que su desgracia era poca cosa para ese hombre.

Conocía a la difunta mujer de Ayala. Era una muchacha agradable y trabajadora. Aquel año, el último año de la pobre chica, las había encontrado a las dos preñadas. Se habían medido las panzas con un piolín, casi las dos del mismo tamaño, aunque la de Seda era más puntiaguda como la de todas las primerizas. Su hijo nació unos días antes, en un sanatorio de Buenos Aires. Pasó un tiempo hasta que Seda volvió a la estancia, con el bebé en brazos. Entonces se enteró de que la esposa de Ayala había muerto en el parto. El chico sobrevivió, pero el capataz no podía ni verlo, así es que se lo dio a una cuñada para que lo criara.

Años después, cuando el accidente con el caballo, Seda pensó si a Ayala se le habría cruzado por la cabeza también despenar a la criatura recién nacida. De haberse enterado enseguida, le habría pedido al bebé para criarlo ella. Entre criar uno y dos, era lo mismo, le había dicho a Santiago. Quizás todavía estaban a

tiempo, tal vez si se lo pedían a la cuñada de Ayala... pero su marido se había negado: no hay que mezclar la hacienda, dijo, eso nunca sale bien.

Ayala revolea la ristra de ajos sobre la mesa del patio, sobresaltando a uno de los perros que duerme abajo.

—Si una culebra se le mete en la cama, que se joda —murmura.

Saca el tabaco y el papel del bolsillo de la camisa y se arma un cigarro. Mira para el lado del monte. El incendio pasado seguro fue espontáneo, provocado por la sequía y el tremendo calor, pero a éste le desconfía. La semana pasada encontró rastros de cazadores furtivos. Pelotudos que se meten en las propiedades sin permiso y pasan la noche, apagan mal las fogatas o tiran colillas todavía prendidas.

Se lo advirtió a Santiago, pero no le dio importancia. Mientras los montes que se incendiaran no fueran los suyos, no le importaba. Sin embargo, éste estaba más próximo que los anteriores.

Enciende el cigarro. Pita. En la terraza, Seda hace lo mismo: fuma un cigarrillo y da vueltas. La conoce desde que era una muchachita menor que sus hijas. Cuando Santiago la trajo por primera vez, él y el patrón todavía eran amigos. Santiago todavía no era el patrón sino el hijo y los dos se habían criado prácticamente juntos. Si hasta habían debutado con la misma puta. Ayala un poco antes, aunque esa noche le hizo creer que también era su estreno y lo había dejado pasar primero. Cuando le tocó a él, la puta todavía estaba enchastrada con la leche de Santiago.

Dios le da pan al que no tiene dientes, piensa. No porque haya deseado alguna vez que Seda fuese su mujer, sino porque a la suya se la habían quitado y Santiago no sabe cuidar lo que tiene, ni la hembra ni el campo.

Después se habían distanciado. Incluso antes de que el otro fuera definitivamente el patrón, ya estaban distantes. Él criaba hijos y trabajaba de sol a sombra. A los de su clase no les queda más remedio que hacerse hombres antes.

Apaga el pucho con la punta de la bota y monta su caballo. Salen al galope corto a pegar una recorrida. A los peones no hay que quitarles el ojo de encima porque enseguida se echan a la vagancia. Con más razón hoy, todos alborotados con la perspectiva de la fiesta. Y ni pensar mañana, con la resaca encima.

Seda →
Está harta del campo, del verano que no termina nunca. Varias veces agarró el tubo para llamar a su hermana o a alguna amiga para que le contara algún chisme de la ciudad, alguna cosa divertida o trágica, algo que la haga reír o compadecerse o consolarse pensando que hay gente a la que le va peor. Pero es enero y probablemente no encuentre a nadie: que el teléfono suene y suene en las habitaciones vacías o, en el mejor de los casos, la atienda una mucama que justo ese día fue a limpiar y ventilar una casa que por varias semanas no usará nadie.

Antes ella era igual a las demás. Desaparecía todo enero y hasta febrero. Playa, mar, libros, caminatas, cenas en restaurantes de moda, tiendas. Mirar a hombres jóvenes y ricos, o jóvenes y pobres a la caza

de mujeres solas y con dinero. Observar cómo los hijos de todas crecían alegres y despreocupados, caprichosos, insolentes. Pero desde que el suyo murió, le perdió el gusto a todo eso. A todo, en realidad. Y los viajes al campo se hicieron más frecuentes. Al principio siempre la acompañaba alguna amiga, pero pronto se cansaron. El campo es aburrido y la casa, que había sido confortable, con el tiempo también empezó a arrumbarse, como su vida.

Tal vez podría agarrar el auto e ir hasta el pueblo a ver si las encuentra a las hijas de Ayala. Mira la hora. No, si se fueron temprano como le dijo el capataz, ya deben estar pegando la vuelta.

Abre todas las ventanas. Aunque el aire de afuera traiga el olor a humo del monte, lo prefiere al olor viciado, mezcla de tabaco y alcohol, que flota en el living como el recuerdo de una mala noche. Ella también estuvo bebiendo, fumando y escuchando música con Santiago y el chico. Se dijo que se quedaba porque es la dueña de casa y la esposa de Santiago, que se quedaba defendiendo su territorio. Pero en el fondo sabe que se queda porque no tiene adónde ir. No hay nada que defender: no se defiende algo en lo que no se cree. A su matrimonio hace tiempo que no se lo cree nadie.

Anoche Santiago salió con que quiere llevarse al chico a Buenos Aires, con ellos. Ella sonrió y se encogió de hombros. Son puras habladurías. Santiago no tiene las pelotas para llevarse al chico. Acá en el campo es otra cosa, acá manda él y nadie lo cuestiona. Pero allá, en la ciudad, no soportaría el escándalo.

Cuando lo escuchó decir esto, el chico sonrió y se estiró en el sofá, levantó los brazos delgados, des-

perezándose, la remera se le levantó enseñando el vientre plano, los huesos de la cadera sobresaliendo por la cintura del jean y una sombra de vello oscuro perdiéndose debajo de la bragueta.

Pobre, pensó Seda.

Pobre, pensó el chico.

Agarra los vasos y los lleva a la cocina. Vuelve con una bolsa y adentro vacía ceniceros y mete botellas. Trae un trapo húmedo y limpia la mesa, sacude los sillones, pasa la escoba. Se cansa porque lo hace todo rapidísimo, pero se siente bien.

No conforme con su silencio, con su sonrisa, Santiago la chuceó:

—¿No te acordás de que cuando era un bebé te lo querías llevar? Y bueno, ahora que está crecinito va a dar menos trabajo.

Soltó una carcajada y le palmeó una pierna al chico que lo miró, cómplice. Seda piensa que una complicidad parecida habría tenido con el hijo si no hubiese muerto. Aunque el nene era muy pegado a ella: sabe, por amigas que tienen varones, que en la adolescencia tejen alianza con el padre. Se habrían burlado de ella y ella lo habría comprendido como parte de la iniciación de su hijo. Sin embargo, el chico no es su hijo ni Santiago el padre. Anoche no se burlaban, la estaban humillando.

No le importa con quién se revuelque su marido. Hace años que eso la tiene sin cuidado. La lastima sí que sea con ese muchacho que ella, de buena gana, habría criado como propio.

Al rato, anunció que se iba a dormir. No le prestaron atención, entretenidos en una charla o en un

monólogo de Santiago que el chico seguía con arro-bamiento. No sabía ni de qué hablaba pues a ella la habían dejado afuera hacía rato.

Ayala →
En su recorrida Ayala se topa con su patrón y el chico. Vienen los dos riendo, con las remeras y las escopetas al hombro. Santiago lo saluda con la mano y no le queda otra que frenar el caballo. Mientras los espera, arma un cigarro. No tiene ganas de fumar, pero quiere hacer algo, poner la atención en otra cosa que verlos llegar, alegres como dos joven-citos. Camaradas como solían ser Santiago y él de muchachos.

—¿Cómo va eso? —pregunta el patrón, dando palmaditas en el cogote del animal.

—Bien, bien... —responde mientras le pasa la lengua al cigarro.

Lo enciende y suelta el humo, lo mira sólo a Santiago, como si el otro no existiera.

—¿No hubo caza? —pregunta.

—No... fuimos a tirar unos tiros nomás.

Ayala sonríe.

—Claro —dice.

Después Santiago le habla de unas cuestiones de trabajo. Mientras charlan, de reojo, ve que el chico se arrima y acaricia las ancas de su caballo. Le molesta que haga eso. Lo fastidia tenerlo tan cerca. De buena gana le daría un rebencazo en la jeta.

Fueron las hermanas las que empezaron a traer-lo, de a poco, hace un tiempo. El chico vive en el pueblo con su tía y, de no ser en algunas reuniones familiares, cada vez más espaciadas en los últimos

años, Ayala no tenía por qué verlo, ni acordarse de que existía. Todos los meses le pasaba plata a su cuñada para los gastos de manutención y punto. Los hermanos lo veían de vez en cuando, pero siempre iban solos. Él los dejaba en la puerta y a las horas los pasaba a buscar.

Pero los varones, de más grandecitos, dejaron de ir. No se entendían con el chico. Las mujeres siguieron yendo y ahora que lo piensa la culpa de que el chico sea como es la tienen sus hijas y su cuñada solterona, siempre entre sus polleras, qué se podía esperar.

Las chicas ya tienen veintipico y se imponen. Con los años fueron ocupando el lugar de la madre y hacen y deshacen a su antojo. No tiene caso llevarles la contra porque siempre se salen con la suya. Así fue que empezaron a traerlo y después el chico empezó a venir solo. Él lo ignora, pero al guacho parece divertirle que lo ignore. Viene a propósito, para molestarlo. Los otros varones ya no viven en la casa, así es que es él solo, Ayala, contra las hijas y el chico. Y sabe que con ellas no se puede.

Empezó a aceptar su presencia como se aceptan las cosas que no nos gustan pero con las que tenemos que convivir. Recién este verano Santiago reparó en el chico y ahora sí que se arrepiente de no haber hecho lo que tenía que hacer. Este chico sólo vino al mundo para hacer daño.

—Bueno, andá nomás —dice Santiago y lo saca de ese caldo de rabia en el que andaba chapoteando.

Se toca el ala del sombrero con un dedo y talonea el caballo y se aleja.

Seda toma sol en la terraza. Tumbada de espaldas sobre una reposera, se frota los pechos y la panza con bronceador. Siempre tuvo las tetas demasiado grandes para una contextura física tan delgada. Quien viera su cuerpo, así cubierto sólo por la bombacha, no adivinaría que tuvo un hijo. Y eso le duele. Que no le hayan quedado huellas de su maternidad en el cuerpo. Lo que otras desprecian, porque tienen a sus hijos todos los días para recordarles que son madres, ella lo echa en falta.

Al principio se cuidaba de que no la vieses los peones. Ahora le da lo mismo. Si quieren engordar la vista un rato, que lo hagan.

El sol fuerte la adormece. No sabe cuánto tiempo pasa hasta que la saca de la modorra el griterío juguetón que viene de abajo, del tanque australiano. Ruido de chapuzones, agua en movimiento, risas. No tiene que asomarse para saber que son Santiago y el chico, que volvieron de cazar.

Estuvo años insistiéndole a Santiago para que construyeran una piscina. El tanque australiano es muy profundo y le daba miedo por su hijo, que un día, solo, se metiera o se cayera. Al fin y al cabo, lo tan temido sucedió, pero el agua no tuvo nada que ver. Después dejó de insistir.

En vez de la pileta a él se le ocurrió hacer el estanque artificial para cultivar patises. Pero el entusiasmo le duró poco, así es que ahora el arroyito es una zanja con dos dedos de agua, un rejuntadero de mosquitos y sapos.

Seguido tiene un sueño. ¿O es una fantasía recurrente? No sabe. Sus meses en el campo son como una

larguísima ensoñación, una anestesia general que no le permite asegurar cuándo está dormida y cuándo está despierta. Pero hay una escena que se repite.

El arroyo es otra vez arroyo, como en los viejos tiempos. En el agua cristalina se reproducen los patises. Si uno se acerca, puede verlos moverse bajo la superficie, el lomo amarronado con destellos de plata, los bigotitos. Siempre es de noche y hay luna llena. En la orilla crecen, soberbias, las cortaderas con sus penachos blancos, altos como turbantes. Y las lentejas de agua forman un cordón en los bordes, delicadas como encajes.

Seda se ve emerger del arroyo, desnuda, con el cabello pegado al cráneo y a los hombros como un manto de algas. Entonces una mano áspera la agarra, por detrás, del cuello. Con su peso la obliga a echarse boca abajo. Siente cómo las tetas se le hunden en el limo, el barro fresco metiéndose en la raja de adelante y a la otra mano untándole con el mismo barro el agujero del culo y metiéndole la pija a los barquinazos.

Quiere gritar, pero la mano del cuello va a la nuca y empuja y le aplasta la cara y la boca se le llena de pasto y tierra húmeda.

Nunca llega a ver su cara, pero cuando vuelve en sí está excitada, los pezones duros, la concha le late como si entre las piernas tuviera una bomba.

El chico se agarra del borde del tanque con los sobacos y patalea en el agua que está helada. Es tan profundo que el sol nunca llega a calentar más que la superficie. De la cintura para abajo tiene frío y agradece no haberse sacado el calzoncillo, porque ahora

Santiago está buceando, lo siente pasar entre sus piernas como un tiburón, y no le habría gustado que le viera la pija encogida por la temperatura.

En cambio el sol le arde en la cara y llena de resplandores el agua. Cuando era más chico y empezó a venir a la casa de su padre, en el verano, miraba con codicia el tanque. Sin embargo, tenía prohibido acercarse al casco de la estancia. Una estupidez porque los patrones ni siquiera estaban en el campo.

Y pensar que ahora está metido en el agua con el patrón. ¿Qué pensará su padre, el capataz Ayala? Santiago le contó que, de muchachos, eran inseparables, carne y uña. No se atrevió a preguntarle si la relación había sido como la de ellos ahora. No porque Ayala le inspire respeto. Lo odia, en realidad, por lo que le ha hecho: por haberlo abandonado, desterrado casi, apenas nacido. Sino por temor a que la respuesta fuera afirmativa. No quería nada que hubiese pertenecido a su padre. Si pudiera escupiría cada sitio por donde pisa el desgraciado.

Cuando se vaya a Buenos Aires, como se lo prometió Santiago, ya no tendrá que verle la cara a ese infeliz. O sí, pero volverá sólo para darle órdenes que Ayala tendrá que cumplir sin chistar. Cuando regrese será como la señora del patrón. La patrona, piensa y suelta una carcajada.

Santiago rompe con la cabeza la superficie del agua y aparece frente a él, pegado casi.

—¿De qué te reís, pendejo? —le dice sonriendo él también, con esos dientes blancos y fuertes que tiene y que resaltan en su cara bronceada, con algunas arrugas finitas.

—Pavadas —responde y echa la cabeza para atrás mientras Santiago le acaricia el culo por debajo del agua—. Tengo hambre —murmura.

—Yo también. Me comería un buey —dice Santiago y la mano pasa del culo al bulto del chico que crece y se endurece con la caricia.

—Cojudo —dice el chico.

Seda fuma, recostada en la baranda de cemento de la terraza. Es de noche y, allá a lo lejos, a varios kilómetros, se reflejan las llamas del incendio contra el cielo negro, estrellado. Hace un rato escuchó sirenas y Ayala le comentó que los bomberos de la zona estaban trabajando para contener el fuego. Bomberos y gente voluntaria.

Del lado del estanque seco, también se ve una fogarata. Pero es para asar la vaquillona que Santiago mandó sacrificar para los comensales de la fiesta: Ayala, los peones, ellos y algunos conocidos del pueblo, viejas relaciones. De este modo, con un asado cada tanto, Santiago se mete a la peonada en el bolsillo, se asegura su lealtad... aunque al que temen y respetan de veras es al capataz.

De un lado le llega el olor a distintas maderas que arden, árboles enteros, yuyales y hasta animalitos que quedan atrapados en el fuego. Del otro, el olor a los gruesos troncos de ñandubay que se van transformando en brasas duras, alimentando lento y parejo las parrillas.

Ya no se escuchan las sirenas ni nada que venga del lado del monte. Pero Seda puede imaginarse el ir y venir de hombres con mangueras, baldes, arena, todo lo que sirva para sofocar un incendio. Desde

abajo sí llega la música de los guitarreros contratados en el pueblo, que se van entonando a medida que las jarras de vino pasan de mano en mano. Las carcajadas y la charla a los gritos de los peones. La risa chillona de alguna mujer. Las hijas de Ayala y las amigas que siempre traen para entretener a la muchachada.

De golpe, el contacto helado en el brazo la sobresalta. Es Santiago, descalzo, con short y remera y dos vasos de gin tonic. Le alcanza uno y enseguida choca su vaso contra el de ella.

—Estás linda —le dice y sonríe.

Seda también sonríe y agradece que esté oscuro porque los ojos se le llenan de lágrimas. Él pega un salto y se sienta en la baranda, frente a ella. Le pide un cigarrillo y ella prende dos al mismo tiempo, como en las viejas épocas. Fuman.

—Vamos a estar bien —dice él, echando el humo hacia arriba.

Le gustaría creerle. Le gustaría odiarlo con todo su corazón. Pero no puede nada. Él no tiene la culpa. A su manera la quiere como ella también lo quiere, como se quieren dos huérfanos que sólo se tienen el uno al otro. Es raro que uno cuando pierde a un hijo se sienta así, huérfano, solo en el mundo, dejado de la mano de dios. Huérfano es un decir porque, en realidad, no hay una palabra, no hay porque no es lógico que los hijos se mueran antes, porque si no se puede nombrar, tal vez no suceda nunca.

—Me voy a bañar que ya están llegando todos. ¿Me esperás? —dice y baja y tira la colilla encendida de un tincazo y ella la busca con el pie para apagarla, porque él está descalzo.

Bebe su trago, espera que el alcohol la anime un poco. Espera que Santiago haya invitado a los hombres solos, no tiene ganas de parlotear con las otras mujeres que siempre terminan hablando de lo único que tienen: sus hijos.

Ahora sí escucha los pasos y gira la cabeza y lo ve venir al chico que le sonríe con una sonrisa franca. Y sí, piensa, tiene diecisiete años, no es malo, es sólo un chico. Entonces se la devuelve y le pregunta cómo está.

—Bien —responde y se quedan callados, sin saber qué más decir.

Así es que se acodan los dos en la baranda y miran el resplandor anaranjado que le da al cielo, allá a lo lejos, la apariencia de un amanecer.

Los guitarreros cabecean sobre sus instrumentos. Fueron desplazados por el equipo de música y las cumbias que todos prefieren a la hora del baile. Seda está medio borracha y baila con las hijas de Ayala y las amigas y el chico que es un gran bailarín. De a poco también se van animando los peones a entrar en la pista improvisada. Son chúcaros, pero el vino ayuda y enseguida se menean al son de la música contagiosa y agarran ya a una, ya a otra, también a ella que es una más, a estas horas.

Santiago se divierte y conversa con sus invitados, comerciantes y otros ganaderos de la zona, el presidente de la cooperativa, un concejal. Vinieron todos solos, quizá con la intención de terminar la noche revolcándose con alguna de las chicas.

El único que mira la farra desde afuera es Ayala.

Está chupado, aunque no se le nota. Pero él sabe que está mamado, siente la rabia golpeándole el pecho mientras lo ve bailar al chico, quebrarse en el baile como una muñequita. La rabia queriendo salir toda para afuera de una vez. La cabeza le zumba y se le atropellan las imágenes adentro. Cómo la alegría de un hijo en camino terminó en tragedia. Cómo el chico se pavonea con Santiago, el que supo ser su amigo, su hermano, culo y calzón, cómo se pavonea el mocoso como si ya fuera el patrón. Cómo le roba el cariño de sus hijas. Cómo le arruina la vida a Seda, pobrecita, con todo lo que ha sufrido. Cómo él, Ayala, puede ser capataz de la estancia si no es capaz de manejar sus propios asuntos.

Se le viene un pensamiento negro. Se acuerda del caballo que mató al hijo de los patrones. De cómo él hizo lo que había que hacer. De cómo se reprocha constantemente no haber hecho lo que tenía que hacer hace diecisiete años. De cómo seguir viéndolo, día tras día, no ayuda.

Entonces da un par de zancadas y se arrima al baile. Le da a su hijo el primer y último abrazo de su vida. Lo atrae con firmeza y lo pega a su pecho y cuando el chico se arquea, lo sostiene para que no se suelte y lo mantiene abrazado hasta que siente la mano húmeda, pegajosa.

El griterío se mezcla con la cumbia. Pero todo lo escucha lejano, como si estuviera sucediendo en otra parte.